

Escritura y Demografía

Carlos A. Alvarez R.*

IGLESIA, DEMOGRAFIA Y PROCREACION

INTRODUCCION

Uno de los grandes problemas denunciados y estudiados por la Iglesia y que está ocupando los primeros lugares en la preocupación mundial es, sin lugar a dudas, el de la demografía.

En varias ocasiones la Iglesia se ha pronunciado sobre el tema. Se ha valido para ello no solo de su tradición doctrinal, sino también del aporte de sus teólogos. Con esta actitud, la Iglesia pretende ayudar a los hombres, ya desde el campo terreno "a participar como hijos en la vida del Dios vivo, Padre de todos los hombres" (1).

Pero ni el tema ni la doctrina sobre la demografía se han agotado. Al contra-

rio, cada vez más se abren nuevas perspectivas de estudio y de acción. Por eso, y con el ánimo de proseguir esta misma línea de profundización, voy a presentar en las siguientes páginas, primero una somera descripción de lo que es el problema demográfico en general, luego una visión global de lo que ha sido hasta ahora la doctrina de la Iglesia a este respecto, y finalmente un breve análisis de Génesis 1,28 respecto de la procreación.

Espero que esto iluminará un poco más no solamente a aquellos que se preocupan por crecer en su fe, sino también a quienes tienen en sus manos la responsabilidad y el deber de procurar soluciones al problema.

1. EL PROBLEMA DEMOGRAFICO EN GENERAL

1.1. Descripción y Definición

Los datos censales y los cálculos sobre la población humana muestran que ella está aumentando en forma considerable y progresivamente creciente. Se esti-

* *Alumno del Ciclo de Magister de la Facultad de Teología; alumno de la Facultad de Estudios Interdisciplinarios de la Universidad Javeriana, Bogotá.*

(1) *Populorum Progressio n. 21.*

ma que la población total era de unos 500 millones a principios del siglo XVI. Se necesitaron 200 años para duplicar esa cifra y alcanzar los 1.000 millones entrada el siglo XVIII. Pero 100 años más tarde se habían agregado 1.000 millones más de habitantes y bastaron solo 35 años para los terceros 1.000 millones, completados hacia 1961 o 1962. Durante el año de 1970 la población creció en 73 millones, o sea un aumento neto de dos personas cada segundo, resultante de la diferencia entre 123 millones de nacimientos y 50 millones de defunciones.

Un crecimiento tan rápido no se ha conocido jamás en la historia, y es el fundamento de serias reflexiones en razón de sus posibles aspectos negativos o potencialmente peligrosos.

El estudio más detenido del fenómeno permite distinguir diferencias regionales. El aumento es mucho menor en zonas como Europa y mucho mayor en las regiones llamadas "en desarrollo", como América Latina, debido a que éstas conservan una natalidad elevada, pero su mortalidad va declinando, gracias a las medidas sanitarias, con el resultante de un gran aumento en el crecimiento vegetativo de la población.

En las regiones "en desarrollo" se encuentra también una gran distancia entre la capacidad potencial y el rendimiento efectivo: hay vastos territorios deshabitados y con riquezas naturales, pero su aprovechamiento solo se hace en forma lenta y difícil porque los pasos previos son demasiado complejos y exigen cuantiosas inversiones.

En contraste con una baja densidad geográfica, es decir, el escaso número de habitantes por kilómetro cuadrado, se tiene una elevada densidad social, que ocurre cuando las instituciones sociales y los recursos de capital se encuentran francamente a la zaga de una población progresivamente creciente, y en consecuencia existe una incapacidad para satisfacer las necesidades de esas poblaciones.

De aquí resulta fácil concluir diciendo que el problema demográfico en general consiste en "la desproporción entre un mayor crecimiento de la población y un menor crecimiento de los recursos". Este es un problema que atañe a toda la humanidad, sea por la motivación positiva de la solidaridad o por la negativa de las posibles consecuencias peligrosas que de él se derivan (2).

1.2. La Iglesia y el problema demográfico

La Iglesia no ha sido indiferente ante este hecho poblacional. Al contrario, desde el mismo momento en que el crecimiento demográfico empezó a preocupar seriamente a la humanidad, ella tomó nuevamente conciencia de su misión y de una manera clara y enfática recordó, y todavía sigue haciéndolo, los principios que deben orientar la acción de los gobiernos y de los particulares en la solución de los problemas de la población. La razón y el alcance de su intervención la explica Paulo VI al afirmar: "Cuando la Iglesia se interesa en los problemas de la población, lo hace por deber de fidelidad a su propia misión. Esta solicitud tiene por causa su empeño por la promoción del bien integral, tanto material como espiritual, de todo el hombre y de cada hombre. La Iglesia sabe muy bien que población significa hombres, seres humanos. Siendo depositaria de una revelación en la cual el autor de la vida nos habla del hombre, de sus necesidades, de su dignidad, de su destino humano y espiritual, la Iglesia tiene muy en el corazón todo lo que puede servir al hombre. Y al mismo tiempo se preocupa por evitar todo lo que puede comprometer la innata dignidad de la persona humana" (3). En esta afirmación de la grandeza sublime del destino del hombre, está la clave y la razón de la actitud de la Iglesia frente al problema demográfico.

(2) Cifuentes Armando, "La Iglesia Católica y el crecimiento de la Población". Carvajal, Cali, 1971.

(3) L'Osservatore Romano, 7 de Abril de 1974.

1.3. Evolución doctrinal

Juan XXIII

Para tener una idea más clara sobre el aporte que la Iglesia ha dado en materia de población, es necesario ver cómo ha evolucionado su doctrina, tratada de una menra directa a partir de Juan XXIII.

La enseñanza de Juan XXIII es rica por los aspectos fundamentales que en ella trata. Entre las ideas fundamentales que sobresalen en su pensamiento tenemos las siguientes:

a) La fe que la Iglesia siempre ha tenido en la capacidad del hombre para dominar y orientar las leyes de la naturaleza (4).

b) La inteligencia y prudencia que debe tener el hombre en dicha tarea de tal manera que no incurra en métodos y procedimientos contrarios a su propia dignidad (5).

c) La fidelidad en la lucha por el progreso tratando ante todo de buscar un desarrollo económico y social que conserve y aumente los verdaderos bienes del individuo y de toda la sociedad (6).

Con estas declaraciones Juan XXIII dio comienzo a una doctrina que poco a poco iría siendo reasumida por el magisterio.

Paulo VI

Desde un principio Paulo VI tuvo que enfrentarse a este mismo problema. Veamos cómo lo veía él al comienzo de

su pontificado: "El problema, todos hablan de él, es el del llamado control de la natalidad, es decir, el aumento de las poblaciones, por un lado, y de la moralidad, por otro" (7).

En 1965 en la alocución dirigida al congreso sobre los problemas de la natalidad, amplía un poco la segunda dimensión del problema, es decir, la moralidad, al afirmar: "En qué forma y de acuerdo con qué normas deben llevar a cabo los esposos, en el ejercicio de su amor mutuo, el servicio a la vida que su vocación les pide? La respuesta cristiana se inspirará siempre en la conciencia de los deberes, en la dignidad del estado conyugal y en la grandeza del don que se le hace al niño que es llamado a vivir" (8).

Es lógico que hasta aquí el Papa relacione problema demográfico con moralidad conyugal, ya que ante un mundo que solo pensaba que el problema de la población debía resolverse con el control de la natalidad, había que recordar y pedir que aunque existiera el problema y éste fuera grave, no se debían olvidar los principios morales enseñados a los esposos.

Sin embargo, el enfoque del problema fue adquiriendo dimensiones más amplias y en muchas partes se empieza a relacionar con todo el problema del subdesarrollo que abarca las distintas realidades de lo social, económico y político. Esto hizo que el Papa fuera incluyendo en su doctrina estos nuevos aspectos. Y en el discurso ante la ONU, el 4 de Octubre de 1965 dijo: "La solución del problema no está en reducir el capital humano, que es el bien más precioso de un país, sino que la tarea impostergable es actuar de tal modo que el pan sea suficientemente abundante en la mesa de la humanidad y no favorecer un control ar-

(4) Cf. *Mater et Magistra*, Nos. 189-190.

(5) *Id.* Nos. 191-192.

(6) *Id.* Nos. 193-194.

(7) *Discurso de Paulo VI al Colegio Cardenalicio*, 23 Junio, 1964.

(8) *Ecclesia*, XXV, 1965, p. 527.

tificial de la natalidad con vistas a disminuir el número de comensales en el banquete de la vida" (9).

Luego apareció la *Populorum Progressio*, la cual vino a ser una confirmación de la doctrina tradicional y a la vez una ampliación necesaria de esta nueva dimensión del problema demográfico. Estas son sus palabras: "Es cierto que muchas veces un crecimiento demográfico acelerado añade sus dificultades a los problemas del desarrollo; el volumen de la población crece con más rapidez que los recursos disponibles y nos encontramos aparentemente encerrados en un callejón sin salida. Es, pues, grande la tentación de frenar el crecimiento demográfico con medidas radicales. Es cierto que los poderes públicos, dentro de sus límites de competencia, pueden intervenir, llevando a cabo una información apropiada y adoptando medidas convenientes, con tal de que estén de acuerdo con las exigencias de la ley moral y respeten la justa libertad de los esposos. Sin derecho inalienable a la procreación no hay dignidad humana" (10). Vemos pues cómo la Iglesia además de ver en este momento con más claridad el problema, reconoce igualmente la necesidad de unas definidas políticas de población, y más aun, les brinda su apoyo siempre y cuando sean puestas al servicio de la familia y de la persona humana. Es esto lo que se repite en el llamamiento que hace Paulo VI a las autoridades públicas en su encíclica *Humanae Vitae* cuando dice: "Es otro el camino por el cual los poderes públicos pueden y deben contribuir a la solución del problema demográfico: el de una cuidadosa política familiar y de una sabia educación de los pueblos, que respete la ley moral y la libertad de los ciudadanos" (11).

La ONU propuso que 1974 fuera el año mundial de la población. Aprovechando este acontecimiento, Paulo VI envió el 28 de Marzo del mismo año un mensaje al secretario general de la conferencia reunida con este motivo en Bucarest. En esta carta el Papa presenta de una manera definitiva y muy explícitamente lo que podemos llamar la postura de la Iglesia ante el problema del crecimiento de la población mundial. Las ideas que sintetizan dicha posición son las siguientes:

a) La Iglesia ha insistido siempre en la necesidad de tratar los problemas de la población con objetividad, teniendo en cuenta la realidad de sus diversos aspectos, que son sin duda alguna económicos y sociales, pero también y sobre todo, humanos.

b) Todo programa relativo a la población debe ponerse al servicio de la persona humana. Debe reducir las desigualdades, combatir las discriminaciones, liberar al hombre de sus esclavitudes y hacerlo capaz de ser él mismo el agente responsable de su progreso moral y de su expansión espiritual. Por ello debe evitar todo lo que se opone a la vida en sí misma o que hiere su personalidad libre y responsable.

c) La decisión relativa al número de hijos, depende del recto juicio de los esposos y no puede ser dejada a la discreción de la autoridad pública. Pero como ese juicio presupone una conciencia bien formada, es importante que se realicen todas las condiciones que permitan a los padres alcanzar un nivel de responsabilidad conforme a la moral. Una responsabilidad verdaderamente humana que tenga en cuenta la ley divina, sin olvidar las circunstancias del conjunto.

d) Solamente se podrá asegurar una vida verdaderamente humana con libertad y dignidad a todos los hombres y a todos los pueblos, cuando los recursos de la naturaleza sean repartidos con más equidad, cuando las necesidades de los menos privilegiados tengan efectiva prio-

(9) *L'Osservatore Romano*, Octubre de 1965.

(10) *Populorum Progressio*, No. 37.

(11) *Humanae Vitae*, No. 23.

ridad en la distribución de las riquezas, cuando los ricos, sean individuos o grupos, se hayan empeñado en un nuevo esfuerzo de ayuda e inversión en favor de los más desposeídos. Las políticas de población deberán aunar por tanto el respeto a las personas y a las familias con el esfuerzo por el desarrollo económico y el progreso social sin caer en las fáciles soluciones de frenar por cualquier medio el crecimiento demográfico.

De manera que la evolución de la doctrina de la Iglesia sobre el problema demográfico la podemos resumir así: De un simple reconocimiento del problema ha llegado ahora después de varios años a integrarlo dentro de todo el marco socio-económico del desarrollo. El problema no podemos mirarlo aisladamente, es dentro del conjunto como debemos tratarlo.

Es un hecho que se ha avanzado positivamente. Sin embargo y como lo decía en la introducción, es indudable que ni el problema ni la doctrina se han terminado. Al contrario, todavía falta mucho para formar las conciencias y dar entre todas soluciones justas y equilibradas. Por eso es importante seguir profundizando, en nuestro caso, acudiendo fielmente a las mismas fuentes de la Revelación. No hay duda además de que una de las mayores preocupaciones de la Iglesia es la de enseñar a los hombres el significado de la paternidad responsable. Sabemos que la Escritura es la que ilumina la doctrina, debido a ello, es conveniente acudir al mensaje revelado, para que a partir de un contacto directo y personal con los textos sagrados, logremos capacitarnos mejor y aportar nuestras propias soluciones. Es por esto que presento a continuación el tema de la procreación en el A.T., a partir de Génesis 1,28. Poco se ha escrito sobre la materia, pero los aportes de los últimos tiempos seguramente que son una ayuda valiosa para nuestra búsqueda cristiana.

2. LA PROCREACION EN EL A.T. A PARTIR DE GEN. 1,28

2.1. Planteamiento del tema

Como condición necesaria para comprender mejor el sentido de la Escritura, creo que debemos mirar, aunque sea superficialmente, nuestra propia realidad demográfica.

Actualmente se está presentando en el país un rápido crecimiento de la población debido a la persistencia de elevadas tasas de fecundidad acompañadas de una mortalidad en rápido descenso. Igualmente existe una alta proporción de población joven dependiente, elevadas tasas de morbi-mortalidad materna e infantil y acelerados movimientos migratorios hacia los grandes núcleos urbanos, los cuales son al mismo tiempo fruto de grandes y crecientes desequilibrios internos.

Por otra parte, esta situación demográfica del país es concomitante con otros hechos que tienden a agravarla. Por ejemplo se está presentando, y esto viene desde hace mucho tiempo, una extremada concentración del ingreso, del capital, de la tierra, de la educación y demás oportunidades a nivel de regiones y de estratos sociales. Hay también un incremento de los ya de por sí elevados niveles de desempleo y subempleo, agregándose a lo anterior que la utilización de los recursos naturales existentes no es del todo solidaria con las generaciones futuras ni con la preservación del medio ambiente y la mejoría de la calidad de la vida.

No hay duda de que la situación es seriamente preocupante y muchos están ya reaccionando. Algunos son extremadamente pesimistas y no ven soluciones efectivas por el momento. Otros se presentan bastante optimistas y ven soluciones fáciles pero a la vez peligrosas por su falta de profundidad en los planteamientos. No faltan aquellos que además de desear bondadosamente una solución, la están buscando por todos los medios, tratando de tomar medidas que favorezcan

la libertad y la dignidad de las personas, y abriendo las puertas al aporte de otras ciencias humanas. Ellos se han dado cuenta que hace falta más reflexión, que se necesitan planteamientos más integrales y que hay valores que no pueden olvidarse. Es dentro de esta misma línea y con el ánimo de ayudar a mejores logros, que veo la importancia de presentar el mensaje de la Escritura. Recordemos que ella no fue dada solamente para iluminar y ayudar al pueblo de Israel, sino para que todos los hombres llegáramos al conocimiento de la Verdad. Por eso también hoy esa Palabra puede ser luz para el mundo, respuesta para el hombre y motivación para nuevas búsquedas. Debemos seguir acudiendo a ella para que “continúe llenando el corazón de todos los hombres” (D.V. 26). En ningún momento ha perdido su valor, sencillamente estamos viviendo una realidad nueva y así como Israel pudo encontrar en todos los tiempos de su historia una ayuda oportuna y eficaz, así nosotros conociéndola y viviéndola más podremos seguir cumpliendo la misión que estamos llamados a realizar.

2.2. Génesis 1,28

“Y los bendijo Dios y les dijo: Sed fecundos y multiplicaos, y llenad la tierra y sometedla; dominad en los peces del mar, en las aves del cielo y en todo animal que serpea sobre la tierra”.

2.2.1. Exegesis del texto

El primer relato de la Creación, Gén. 1,1-2,4a, pertenece a la redacción sacerdotal del Pentateuco.

En el v.27 según este primer relato, Dios ha creado al hombre y a la mujer.

En el v.28 les dice: “sed fecundos y multiplicaos”.

Veamos la relación que hay entre esto último y los versículos precedentes: En el día tercero, la idea de que la tierra, una vez separada de las aguas, se llenará progresivamente de vegetación, está im-

plícita, porque hierbas y árboles llevan semilla.

El quinto día está consagrado a la creación de los peces y de las aves y encontramos que “los bendijo Dios diciendo: sed fecundos y multiplicaos y llenad las aguas de los mares y multiplíquense las aves de la tierra” (1,22).

El sexto día Dios hace primero los animales terrestres. El autor vuelve a tomar aquí algunas expresiones que había utilizado ya en la creación del tercer día aunque la bendición aquí no es formulada y la proliferación de los animales no está más que implícita.

Luego Dios crea al hombre y a la mujer y esta vez el autor dice que “Dios los bendijo y les dijo: sed fecundos y multiplicaos y llenad la tierra y sometedla; dominad en los peces del mar, en las aves del cielo y en todo animal que serpea sobre la tierra” (1,28).

La semejanza del principio de este versículo con el del quinto es evidente. Sin embargo también hay algunas diferencias importantes. Por ejemplo, si la bendición no es explícita más que para los peces, las aves y el hombre, se puede justificar por el hecho de que el lugar en el que se mueven los peces y las aves, es a los ojos del autor, bien distinto de la tierra en la cual se encuentra la vegetación, los animales terrestres y el hombre.

En la tierra solo el hombre **recibe** la bendición y ésta abarca no solamente el crecimiento numérico de la humanidad sino el encargo de llenar la tierra, dominarla y ejercer sobre todo el mundo animal, incluyendo peces, aves y animales terrestres, un poder de jefe. De manera que la bendición dada al hombre y a la mujer es más significativa que la dada por Dios a los peces y a las aves. Ahora bien, este dominio sobre el mundo infrahumano, el hombre lo recibe como consecuencia de lo que él es: “Imagen y semejanza de Dios” (1,26).

Finalmente se nota que a los peces y a las aves Dios "los bendice" pero no les dirige su palabra. En cambio al hombre y a la mujer "los bendice y les dice".

2.2.2. Relación de los verbos "ser fecundo" (parah) y "multiplicar" (rabah), en el A.T.

Esta relación es característica del estilo sacerdotal. Veamos cómo se presenta.

Después de la Creación, estos verbos aparecen nuevamente usados en el relato sobre el diluvio. Aquí encontramos que Dios ordena a Noé salir del Arca con su familia y con todos los animales que estaban con él. A estos animales, aves, bestias y reptiles, Dios les dice: "que pululen sobre la tierra y sean fecundos y se multipliquen sobre la tierra" (Gén. 8,17), pero no hay una bendición.

Solo más adelante en Gén. 9,1 cuando bendice a Noé y a sus hijos, les dice: "sed fecundos, multiplicaos y llenad la tierra". Y en Gén. 9,7 termina Dios su discurso así: "Vosotros, pues, sed fecundos y multiplicaos; pululad en la tierra y dominad en ella".

Se percibe en este texto la primacía del hombre que nuevamente recibe solo la bendición, la cual porta al mismo tiempo la fecundidad y el dominio sobre los animales y sobre la tierra.

En Gén. 17 la fórmula reaparece siempre en la pluma del Sacerdotal. En un primer relato Dios se revela a Abram y le dice: "establezco mi Alianza entre nosotros dos, y te multiplicaré sobremanera" (Gén. 17,2). En un segundo relato, Dios cambia el nombre de Abram por el de Abrahám y explica: "Te haré fecundo sobremanera, te convertiré en pueblos y reyes saldrán de tí" (Gén. 17, 6-7).

En Gén. 17,2, se nota la referencia a la Alianza, pero no cambian en el contexto ni la mención de la tierra (Yo te

daré a tí y a tu posteridad la tierra en que andas como peregrino, todo el país de Canaán, Gén. 17,8), ni la mención de la bendición: a Sara también le cambia de nombre y continúa diciendo Dios a Abrahám: "Yo la bendeciré y de ella también te daré un hijo. La bendeciré y ella se convertirá en naciones" (Gén. 17,16).

La referencia a la Alianza es muy importante porque es por lo que Isaac será distinguido de Ismael (cf. Gén. 17, 21). A propósito de esto último Dios dice a Abrahám: "He aquí que le bendigo, le hago fecundo y le haré crecer sobremanera; doce príncipes engendrará y haré de él un gran pueblo" (Gén. 17,20). Pero no hay mención de una tierra.

El Sacerdotal coloca igualmente una vez el binomio verbal en los pasajes que se relacionan con Isaac. Este bendice a su hijo Jacob y le dice primero que tome mujer entre las hijas de Labán y luego añade: "que El-Sadday te bendiga, te haga fecundo y te multiplique, y que te conviertas en asamblea de pueblos. Que te dé la bendición de Abrahám a tí y a tu descendencia para que te hagas dueño de la tierra donde has vivido y que Dios ha dado a Abrahám" (Gén. 28, 3-4). Aquí los temas principales como bendición, fecundidad, multiplicación y posesión de la tierra, están presentes.

En el ciclo de Jacob, el Sacerdotal vuelve otra vez sobre estos temas. Dios se apareció a Jacob en Luz-Betel; El lo bendice, cambia su nombre por el de Israel y le dice: "Yo soy El-Sadday. Sé fecundo y multiplícate. Un pueblo, una asamblea de pueblos nacerá de tí. . . La tierra que dí a Abrahám y a Isaac a tí te la doy y a tu descendencia y sucesión dará esta tierra" (Gén. 35, 11-12). Este texto hace referencia al deseo de Isaac en Gén. 28, 3-4.

Más tarde instalados en la tierra de Gosen, en Egipto, los Israelitas "se afincaron allí y fueron fecundos y se multiplicaron sobremanera" (Gén. 47,27). Pero esta vez no se trata de una bendición

para el porvenir, sino de una especie de realización; fecundidad y posesión de una tierra son puestos nuevamente en relación.

En Ex. 1,7 nuevamente el Sacerdotal señala que “los hijos de Israel fueron fecundos y se multiplicaron; llegaron a ser muy numerosos y fuertes y llenaron el país”.

Aquí encontramos implícitamente una especie de realización de la bendición dada a los patriarcas, pero aquí se habla de la tierra de Gosen y no del país de Canaán. De todas maneras queda claro que el hombre recibe un don particular, el de llenar la tierra, someterla y dominar sobre todos los animales. En particular, la relación con la tierra es fundamental.

Fuera de la historia presentada por la tradición Sacerdotal, el binomio verbal “ser fecundo” y “multiplicarse” no aparece más que cuatro veces en el A.T. :

Lv. 26,9: “Yo me volveré hacia vosotros. Yo os haré fecundos, os multiplicaré y mantendré mi Alianza con vosotros”.

Ez. 36,11 (año 587) refiriéndose a las montañas de Israel nos presenta el oráculo pronunciado por el profeta: “Multiplicaré en vosotros hombres y bestias, y serán numerosos y fecundos. Os poblaré como antaño”. Aquí encontramos además un orden inverso en los verbos.

Jer. 3,16 (año 500). En este texto Yavé habla: “Y cuando seáis muchos y fructifiquéis en la tierra, en aquellos días no se hablará más del arca de la Alianza de Yavé”.

Jer. 23, 3-4. Encontramos que Yavé se refiere a los malos pastores de su pueblo y dice: “Yo recogeré el resto de mis ovejas de todas las tierras a donde las empujé, las haré volver a sus estancias, criarán y se multiplicarán. Yo pondré al frente de ellas pastores que las apacienten”. Aquí se observa también que no hay bendición, y que se trata de unas prome-

sas de retorno a Sión, sobre toda la tierra de Israel.

Los cuatro textos anteriores están marcados por la experiencia desastrosa del exilio, y están influenciados por la originalidad del Sacerdotal.

2.2.3. “Ser fecundo” (parah) y “multiplicar” (rabah) tratados separadamente en el A.T.

Veamos ahora cómo el A.T. utiliza separadamente estos verbos en un sentido de crecimiento de la población.

Si leemos el relato del **Yavista** encontramos el tema del crecimiento de la descendencia, pero los dos verbos no aparecen más que a propósito de Isaac, y más aun, están separados.

En Gén. 12, 1-2 Abrahám escucha el llamado: “Vete de tu tierra y de tu patria y de la casa de tu padre, a la tierra que yo te mostraré. De tí haré una nación grande y te bendeciré”.

En Gén. 13, 14-16 Yavé dice a Abrahám: “Alza tus ojos y mira desde el lugar en donde estás hacia el Norte, el mediodía, el oriente y el poniente. Toda la tierra que ves te la daré a tí y a tu descendencia por siempre. Haré tu descendencia como el polvo de la tierra”.

En Gén. 15,5 Yavé conduce afuera a Abrahám y de dice: “Mira al cielo y cuenta las estrellas, si puedes contarlas. Y le dijo: “así será tu descendencia”. Hasta aquí no se han encontrado ninguno de los dos verbos de Gén. 1,28.

A la esclava Agar el ángel de Yavé le promete: “Mutiplicaré de tal modo tu descendencia que por su gran multitud no podrá contarse” (Gén. 16,10), y después le anuncia el nacimiento de Ismael.

En Gén. 26,23 dice Yavé a Isaac: “Te bendeciré y multiplicaré tu descen-

dencia por amor de Abrahám mi siervo”.

En Gén. 28, 13-14 Yavé renueva su promesa a Jacob: “Yo soy Yavé el Dios de tu padre Abrahám, y el Dios de Isaac. La tierra en que estás acostado te la doy para ti y tu descendencia. Tu descendencia será como el polvo de la tierra”. Pero tampoco aquí ninguno de los dos verbos ha sido utilizado:

En Ex. 1, 10-12 el Yavista se da cuenta que el pueblo reducido a la esclavitud en Egipto se convierte por su número en un peligro para el opresor, que dice: “tomemos precauciones contra él para que no siga multiplicándose, no sea que en caso de guerra se una también él a nuestros enemigos”. “Pero cuanto más; los oprimían, tanto más crecían y se multiplicaban”.

Para el Yavista como para el Sacerdotal, el crecimiento numérico del pueblo es una realidad mientras Israel está esclavo en Egipto. El Sacerdotal sin embargo, universalisa, al remontarse hasta la historia primitiva antes de la época de los patriarcas.

El relato conservado por el **Eloísta** utiliza también alguno de los dos verbos.

En Gén. 41,51 se trata de un juego de palabras entre Éfraim y parah “ser fecundo”.

En Gén. 48,16 Jacob bendice así a José: “El ángel que me ha rescatado de todo mal, bendiga a estos muchachos; sean llamados con mi nombre y con el de mis padres Abrahám e Isaac y multiplíquense y crezcan en medio de la tierra”.

En Ex. 1,20 el Eloísta sabe también que en Egipto el pueblo se “multiplica y se hace poderoso”.

Sin embargo conviene decir que en el Eloísta, “ser fecundo” (parah) y “multiplicar” (rabah) no son ni las palabras ni los temas que sirven de hilo conductor en la trama histórica.

En el **Deuteronomista** si bien es cierto que el verbo “ser fecundo” (parah) no se encuentra más que una vez y sin importancia (cf. Dt. 29,17), el verbo “multiplicar” (rabah), es más frecuente, se encuentra ocho veces a propósito de población. Veamos cuáles son las grandes líneas de su pensamiento.

Se pueden distinguir tres momentos en la historia del desarrollo del pueblo de Israel.

Antes de entrar en la tierra, en Moab, Moisés pudo constatar que “Yavé os ha multiplicado y sois ahora tan numerosos como las estrellas del cielo” (Dt. 1, 10). Pero el mismo Moisés anuncia que “no quedaréis más que unos pocos hombres, vosotros que érais tan numerosos como las estrellas del cielo, por no haber obedecido a la voz de Yavé tu Dios” (Dt. 28,62).

Sin embargo, la promesa del nuevo crecimiento del pueblo, reaparece en una edición posterior: “Yavé tu Dios te llevará otra vez a la tierra poseída por tus padres, para que también tú la poseas; te hará feliz y te multiplicará más que a tus padres” (Dt. 30,5). Por otra parte, según la teología del Deuteronomista, la multiplicación del pueblo está condicionada por la obediencia a Yavé: “Escucha, pues, Israel; cuida de practicar lo que te hará feliz y por lo que te multiplicarás, como te ha dicho Yavé, el Dios de tus padres, en la tierra que mana leche y miel” (Dt. 6,3). O también: “Por haber escuchado estas normas, por haberlas guardado y practicado. . . Yavé te bendecirá, te multiplicará” (Dt. 7,12-13; cf. 8,1; 13,18; 30,16).

Hasta aquí se ha notado que ha sobresalido la referencia a la promesa de Yavé a los padres (Dt. 1,10; 6,3; 7,12; 8,1; 30,20), la mención a la bendición (Dt. 1,11; 7,13; 30,16), y la relación entre crecimiento del pueblo y posesión de la tierra (Dt. 6,3; 7,13; 8,1; 28,63; 30,5. 16). O sea que, aunque el Deuteronomista ve todo condicionado por la obediencia

cia a la ley, sin embargo, no desconoce fuerte unión entre crecimiento de la población, bendición y tierra.

Más adelante, en el libro de Jeremías se encuentran cuatro textos donde aparece el verbo "multiplicar" (rabah), a propósito de población.

En Jer. 30,19 en la época de la reconquista del norte por Josías, entre 620 y 609 probablemente, Jeremías había anunciado el restablecimiento de las "tiendas de Jacob": "Yo los multiplicaré y no serán pocos, los honraré y no serán menguados".

En Jer. 42,2 el pueblo suplica al profeta que interceda en su favor: "porque hemos quedado pocos de muchos que éramos" (cf. 28,62).

En el 594 Jeremías había enviado a los primeros deportados a Babilonia una carta en la cual él les decía: "edificad casas y habitadlas; plantad huertos y comed su fruto; tomad mujeres y engendrad hijos e hijas; casad a vuestros hijos y dad vuestras hijas a maridos para que den a luz hijos e hijas; y medrad allí y no mengüéis" (Jer. 29, 5-6).

En cuanto a Jer. 33,22 se trata de un texto tardío. Así que, la ocupación asiria del norte y la invasión Babilónica del sur, con la deportación como consecuencia, son el contexto histórico pero con contenido demográfico, en el cual habla el profeta. Hay que notar finalmente que para Jeremías no hay ni bendición ni alusión a las promesas, salvo en el texto tardío de 33,22

Se constata, pues, que a partir del exilio, el tema del crecimiento de la población no aparece constitutivo de un pensamiento como en el Sacerdotal y el Deuteronomista. Entre los profetas, Jeremías parece el más preocupado por la disminución de la población. Aquí y allá los textos dejan ver que la esperanza de un nuevo crecimiento de la población Israelita al retornar del exilio ha sido

fuerte. De todas maneras parece ser que el universalismo del Sacerdotal sobre esta materia no encuentra mucha resonancia posterior. No es de extrañarse que el número de la población importara tanto ya que para el pueblo la fecundidad era una bendición de Dios, una manifestación de su fidelidad y de su presencia en medio de ellos. También en esos tiempos las situaciones geográficas eran muy favorables y además el pueblo era alimentado por la esperanza de una tierra nueva y definitiva. La organización familiar y social también mantenían un carácter sagrado y esto hacía que el aumento de la población fuera fomentado ya que para Yavé importaba ante todo el pueblo como pueblo, como comunidad elegida. O sea, que las actitudes de Israel en este sentido de la procreación no eran actitudes desenfrenadas o carentes de sentido, sino al contrario, se ve claramente que ellos estaban orientados por unos principios que consideraban sagrados, a los cuales respetaban y se adherían de una manera responsable. El hecho de que fuera un pueblo llamado a multiplicarse (como lo hemos visto, no significa que la manera de hacerlo, es decir, la manera de ejercer el derecho de la procreación, se llevara a cabo irresponsablemente. Al contrario, si algo los movía y preocupaba era ante todo, mantenerse fieles y corresponder de la mejor manera posible a las maravillas de Yavé, ya que los hijos eran un don de El que implicaban acogida y amor de parte de los progenitores.

2.3. Conclusiones

A manera de conclusión podemos decir lo siguiente:

Gén. 1,28 es un texto que mira ante todo a la procreación. Igualmente se presenta como una bendición y como una promesa de fecundidad. Esta bendición implica un poder, el de procrear, e igualmente un derecho a la procreación.

Lo importante es darse cuenta de que por su bendición Dios dá al hombre

y a la mujer la seguridad de la fecundidad y para eso les confiere participación en su poder creador.

La bendición de Dios dá también al hombre el dominio sobre la tierra, que llenará su raza, y sobre todo, el dominio sobre el reino animal. La relación a la tierra es capital y por eso no se puede perder de vista.

Hay que tener en cuenta, además, que Gén. 1,28 como los demás textos que tratan sobre la procreación responden a una situación demográfica, económica, social, cultural y política, inversa a la que la humanidad está viviendo ac-

tualmente. Por eso no podemos partir de dichos textos para establecer una política pro o antinatalista. Recordemos que la historia bíblica aparece como una genealogía, concepción de la existencia responsable de un futuro; engendrar no es solamente procrear, sino contemplar la imagen de Dios en Aquel que ha de venir, y que saldrá de la raza humana.

Nuestra situación es distinta pero la Palabra de Dios sigue teniendo sentido. Ella no solo nos enseña sino que nos dá la capacidad y el discernimiento para actuar correctamente y cumplir con nuestra misión.

Church, Demography, and Procreation

First of all, the author makes a brief description of the demographic problem as a whole, its causes, and its serious consequences. Then, he deals with the Church's doctrine with respect to the population problem and the possible solutions she presents. Finally, he examines the texts of Genesis 1,28, related to procreation and fertility, stating that based on these texts the Church can neither advocate nor condemn birth control, and that it is necessary to understand the word of God within the historical contexts of each period.